

# Sobre la filosofía de la palabra "hombre"

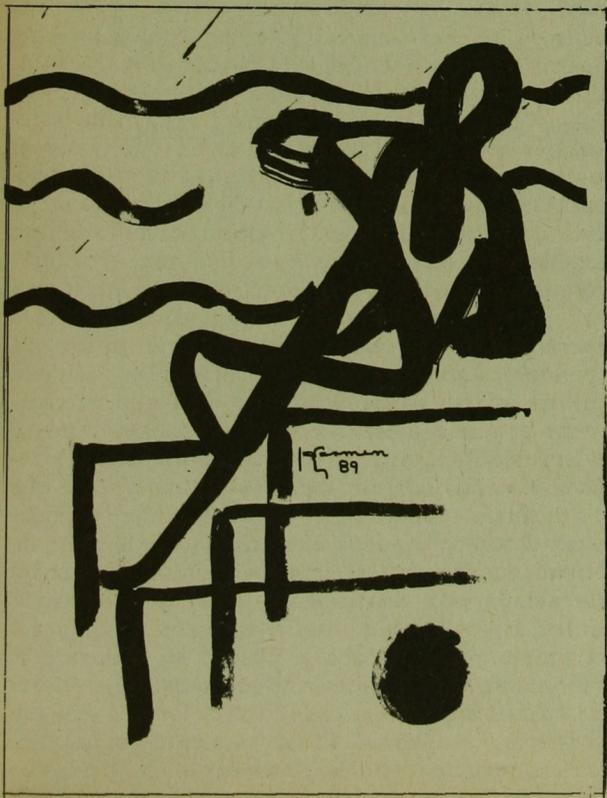
(mujer en el 51% de los casos)

Alejandrina Pardo de Fernández  
(Alcalá de Henares, Madrid)

La reflexión empezó por el asunto del despacho. Mis amigas, que habían "luchado" con el impresor para que la placa pusiera "ABOGADAS", se vieron luego carcomidas por la duda. Las opiniones fueron de todo gusto, desde la que les explicaba pacientemente que así la gente pensaría que sólo se dedicaban a 'asuntos de mujeres' —abortos, separaciones. . .—, hasta la sensata observación de 'que sólo sois dos chicas solas en un piso', a ver si váis a dar pie a que se 'metan con vosotras'. Receta para neutralizar mujeres: remuévanse un poco todos los prejuicios, agítense levemente —tan sólo levemente— todos los miedos; espere a que el sujeto del experimento reaccione: ella sola cambiará su 'plaquita'.

Todas las reflexiones históricas, todas las observaciones lingüísticas prácticamente todas las circuns-

tancias de la vida diaria, nos llevan a una misma conclusión: ser mujer no es plato de gusto. Y no lo es, porque conlleva, supone, una discriminación constante. Ser mujer es algo peyorativo: peyorativo ser "femenina"; peyorativo ser "feminista". Peyorativo al fin porque la realidad sexual de la mujer está siempre presente. La desvirtuación que ha sufrido el término "feminista", nos presenta a un tipo de mujer agresiva, intolerante, lesbiana probablemente; frustrada y problemática en cualquier caso. La desvirtuación de "femenino" —la tradicional, por otra parte— supone ser "blanda" (casi, mórbida y suave, como las almohaditas de los niños), hacendosa, "arreglada" —si no puede ser "bella" o simplemente "guapa"—, que sabe cuál es su lugar (extraordinaria sabiduría, y muy generalizada, por cierto), dulce o pícara —en todo caso—, discreta. Uno de los triunfos que se barajan contra la mujer es el de haber hecho imposible que ambos términos se apliquen sobre la misma mujer. 'Divide y vencerás'; pues divido. Curiosamente, esta trampa ya fue puesta de manifiesto por Virginia Woolf en *Tres guineas* y personas como Ma. Aurelia Capmany la ponen de manifiesto regularmente. Curiosamente, las mujeres intelectuales, sus opiniones, observaciones y críticas, no llegan al público. ¿De qué servimos, pues? La respuesta es clara: de nada. Toda la política social en favor de la mujer —ONU/UNESCO, Mercado Común/discriminación positiva, UCD, PSOE. . .— no cuenta con apoyo científico de ningún tipo: ni histórico, ni sociológico, ni lingüístico. Y cuando digo sociológico, no estoy hablando de encuestas, sino de ver cómo podrían imbricarse en la realidad las consignas políticas favorables a la equiparación de los hombres. He dicho "hombres" y he dicho bien. En la forma genérica y abstracta en que lo he dicho, algunos, muchos, quizá, me lo admitirán. Intentemos decir "varones" en vez de "hombres" y veremos qué pasa. Cuando el género humano estaba en una fase de desarrollo simplemente "homínida", había "machos" y "hembras"; cuando pasamos a 'homo sapiens', hay ya "mujeres" y "varones". Luego, a hembra/mujer corresponde macho/varón. Y todos son género humano; todos somos "hombres". Intentémoslo en el lenguaje diario. Si decimos varón, nos dirán hembra; si nos intitlamos hombres, cuando menos habrá irritación y sorpresa —y desde luego, absoluto desacuerdo—. Examinemos con atención los libros de lengua, de historia, de . . .; miremos con ojos críticos la propa-



ganda política, la específica propaganda feminista, de "discriminación positiva", de UNESCO, CEE, etc. No hay un respaldo científico en ella —tan imposible o innecesario debe parecerle a sus promotores—.

Por último, fijémosnos en el lenguaje.

Como nos movemos a través del idioma, el lenguaje ha determinado la evolución humana y nos ha apartado, biológicamente, del camino corriente de los seres vivos. El lenguaje responde a una construcción mental y es, por tanto, correa de transmisión de un sistema de pensamiento, de un sistema de vida, patriarcal, en este caso.

Es algo penoso constatar que problemas y cuestiones sobre los que ya nos había advertido la ínclita Virginia Woolf, persisten incólumes, fruto del patriarcalismo existente y, como tal, victorioso.

A) No hay diferencia entre el término "femenino" y el término "feminista". Ambos términos son propiedad de la mujer; ambas cualidades y adjetivos le pertenecen. Ahora explicaremos por qué las "feministas" están fomentando el sistema patriarcal inconscientemente.

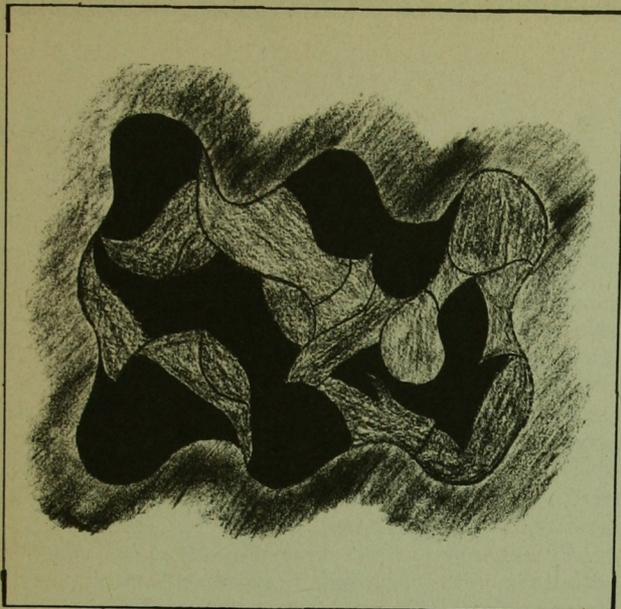
B) Al adaptarnos al lenguaje patriarcal, le hacemos el juego; si utilizamos este lenguaje y lo transmitimos, no podremos cambiar la realidad, pues estamos transmitiendo el sistema. Yo soy un hombre; él es un hombre; nosotras/ellos somos hombres. Si no consigo darme por aludida cuando me llaman por mi nombre —hombre—, fomento el sistema patriarcal, pues dejo al varón —que no renuncia a él— apropiarse del término, por lo que "hombre" pasa a designar al "varón, convirtiéndose en términos intercambiables, como aquí y en cualquier parte se pone de manifiesto. Si abandono la palabra que me designa, tanto como designa al varón, me abandono a mí, renuncio a mi propia identidad. Tengo que oír "los hombres" y volverme a ver qué dicen de mí. Sino, ya no soy hombre, y si no soy "ser humano", ¿cómo puedo exigir derechos en calidad de tal? Un fenómeno similar a éste, se produce cuando los grupos de ultraderecha utilizan como emblema la bandera nacional, la bandera de todos nosotros. Y mientras en los países extranjeros la bandera nacional aparece indiscriminadamente, en nuestro país, aquel que lleva una banderita en cualquier sitio es identificado como derechista. Lo cual quiere decir, que nos han arrebatado la bandera a todos los demás. Con el cambio de escudos, se ha conseguido, sin embargo, que una bandera con coronita real, sea la bandera de todos y ya podemos llevarla sin que nos identifiquen como personas de derecha. Las mujeres, pues, tendremos que buscar nuestro escudo o, si es necesario, cambiar la bandera, para conseguir que nos represente a todos.

En cuanto al punto A, el término "femenino" hemos de recordar que surgió del sistema patriarcal como reacción contra el fenómeno del "sufragismo" para designar las "virtudes" de mujer que "ellos" pre-

ferían o exigían de ésta. Designa, pues, los valores tradicionales. La mujer romana republicana, "grosso modo", cuyo símbolo es el huso, sería *femenina*; la mujer de la Roma imperial, cuyas costumbres y derechos tienden a asemejarse con los del varón, sería *feminista*. ¡Qué sandez! Nosotras somos mujeres, *fémimas*, y todo lo que se derive de nuestra naturaleza, nos pertenece. ¿Dejaremos de vestirnos de una forma atractiva, si nos apetece, las activistas para ser *feministas*? ¿Dejará la mujer de revolucionar con su mera presencia en cualquier ámbito? Por supuesto que no. Esto es otra trampa del patriarcalismo. No caigamos en ella.

Cristina Almeida ha puesto de manifiesto que el actual sistema sólo permite acceder al poder a las "superwomen". ¿Y si yo no quiero acceder al poder a ese precio? Si no queremos sentirnos como pulpos, con un pie en cada sitio, a punto de perder el equilibrio siempre, si no queremos renunciar a la maternidad o al cultivo personal, profesional o de otro tipo, ¿entonces, qué? ¿No tenemos sitio?

Cristina tiene razón, toda mujer debe poder estar en el Parlamento, en las cámaras, en los tribunales, en la Conferencia Episcopal, etc., etc., etc., al igual que los varones, es decir, la mujer debe tener un uno por ciento (1%) más de representación que los varones, según cuentan las estadísticas. Hay feos, tontos, interesados, chaqueteros. Lógicamente, debiera haber feos, tontas, interesadas, chaqueteras. ¿Por qué tenemos que ser mejores? ¿No será otra trampa del sistema patriarcal? Lo es, sin lugar a dudas. "Admitimos a las mujeres excepcionales" —están diciéndonos—. "La que vale sale adelante". Lógicamente, estas mujeres siempre han existido en la Historia, y con su fuerte personalidad se han impuesto a la realidad social. Yo exijo mi derecho a participar de la vida social tan vulgar como cualquiera, como cualquier varón, sin necesidad de demostrar que soy listísima. ¿Por qué? Porque el día que eso sea cierto, el día en que la mujer esté proporcionalmente representada, no habrá discriminación en razón de sexo, habrá división de opiniones según las diversas mentalidades políticas, que no estarán asociadas al sexo. Hay que ser consciente de que nos hemos educado y hemos vivido en el lenguaje franquista, en el lenguaje patriarcal. Y todavía lo utilizamos, con todas las contradicciones que eso genera y supone. En el momento en que la mujer tenga derechos y pueda ejercerlos, ya se ocupará de defenderlos, encontrará modelos propios y no tendrá que asimilarse, necesariamente, a los masculinos existentes. Impondrá su punto de vista femenino, jugará su propio papel. Es ahora, cuando su presencia es minoritaria, cuando tiene que adaptarse a los valores masculinos imperantes, cuando se deforma y violenta su propia personalidad. El razonamiento que se utiliza en contra de esta idea, es similar al que decía que no podíamos vivir en democracia porque no sabíamos



e íbamos a fracasar. Vivimos y pensamos seguir viendo en democracia, y aprenderemos lo que no sabemos de ella. Pero no hemos fracasado. Tampoco la mujer fracasará en su lucha democrática y particular, que es también la lucha del varón, aunque se empeñe éste en ignorarlo.

No debemos querer —no quiero, al menos— un sitio para nosotras, para unas cuantas, en este sistema de valores —no estoy segura de dar la talla, supongo—. Queremos un sitio para todas. Para todas nosotras. Ese es el ideal por el que debemos luchar —por el que yo estoy dispuesta a luchar—. Si todas no podemos, unas cuantas no tendrán importancia. Aunque se puede luchar en soledad haciendo “feminismo”, en cuanto que cada una de nosotras es mujer y como tal representativa, y desde este punto de vista, hacemos “feminismo” todos los días, a través de la mera presencia física, la forma de pensar, de ser, de actuar. Con cada una de nosotras mismas; conmigo, mujer. Con mi mera presencia femenina, tan revolucionaria.

Ludolfo Paramio —sociólogo estimable— comparaba un día en un artículo (no puedo recordar cuál y dónde) el lenguaje en torno a la mujer que utilizaba el “Ya” y “El País”. En su opinión, el “Ya” era más “progresista”, más “futurista”, porque donde “El País” decía ‘la primera ministra. . .’, éste decía ‘la primer ministro. . .’. He reflexionado mucho sobre ello, porque, a primera vista, el argumento parecía razonable. Tender hacia un lenguaje unitario, no sexista, parecía una buena meta. El que se hiciese masculinizado un término, en principio, carecía de importancia —algún camino hay que coger—. Pero rumiando el tema, podemos atisbar su falta de simplicidad. En primer lugar, ¿por qué se pide siempre al hombre femenino que ceda terreno? ¿Nos traiciona la

costumbre? Segundo, ¿por qué no se proponen desinencias asexuadas; pensemos en “valiente”, por ejemplo? Tercero: ¿por qué hay un lenguaje ‘femenino’ y uno ‘masculino’; qué los definen, cómo se conforman? Cuarto y principal: ¿por qué nos resulta más conveniente a las mujeres hablar en forma asexuada —fijémosnos en la diferencia entre decir ‘ella es una profesional’, ‘él es un profesional’ —como observa R. Lakoff? Tendrá que haber alguna razón por la que resulta mejor decir ‘la primer ministro’ que ‘la primera ministra’. ¿Es la razón, como propone Paramio, la unificación del ser humano —el que sea vía masculina es tangencial— en cuanto a sus actividades, dejando un pequeño indicio del sexo del individuo, o es algo más profundo? Recordemos la anécdota inicial sobre mis amigas abogadas. ¿No será que Paramio observa que lo femenino/feminista es peyorativo, que indica un género secundario, que es inconveniente, y nos está proponiendo la igualdad vía absorción/identificación masculina? Hace tiempo, escribí una carta a una revista llamada ‘Ser Padres’; sólo puse la inicial de mi nombre, y mi firma es ilegible. La periodista, Angélica Ramos, la publicó a nombre de André. Me escribieron también a mí y me pidió disculpas caso de equivocarse. Pero *estaba segura de que no era así*, porque había paseado mi carta por toda la redacción y *todos estuvieron seguros de que no podía haberla escrito una mujer*. En mi primer escrito histórico el miedo me traicionó —como a mis amigas abogadas—. Volví a escribir A. Pardo Fernández. Los que estaban en la conferencia sabían que yo era mujer. Los que leyeron el libro, no. Estoy cansada de que me juzguen por mi sexo, de disimularlo, de esconderlo, de investigar sobre las causas de esta discriminación histórica sin que sirva para nada, faltas de apoyo, infraformadas, discriminadas por la apariencia externa, el sexo, la realidad. Mi hija y sus amigas siguen viéndole más ventajas a ser niños. Yo no las discrimino, ¿dónde perciben ellas su discriminación a sus ocho años? No quiero luchar por ser mujer, perder el tiempo en defenderme de todos los inconvenientes que conlleva esta condición, malgastarme en esta forma. Tampoco quiero saber estar en mi lugar ni ser discreta. Quiero recordar (Eli Bartra Murià) que ha habido investigaciones biológicas tendientes a demostrar que los negros y las mujeres eran inferiores biológicamente; que el movimiento feminista ha despertado mucho menos respeto siempre que el movimiento negro. Quiero recordar a Dña. Ma. Isidra Quintana de Guzmán y la Cerda, doctora complutense en 1785, vilipendiada por muchos, por ser una mujer de diecisiete años, que manejaba con soltura cinco idiomas y tenía otros méritos intelectuales. Mujer que despierta inevitablemente nuestra admiración pues supo ser persona, hombre, cuando docientos años después tan, tan difícil nos resulta a los que la seguimos. Mi admiración con ella. Mi desesperación, mi hartura, con vosotros.